DISCURSO

SOBRE

LA IMPORTANCIA RELIGIOSA Y SOCIAL

DE LOS SEMINARIOS CONCILIARES,

LEIDO

EL DIA 25 DE SETIEMBRE DE 1863

EN LA SOLEMNE APERTURA DE ESTUDIOS

DEL

SEMINARIO CONCILIAR

DE SAN ISIDORO Y SAN FRANCISCO JAVIER DE SEVILLA,

POR EL PRESBÍTERO

DOCTOR DON MANUEL GONZALEZ Y SANCHEZ,

Rector y Catedrático de Fundamentos de Religion y Lugares Teológicos del mismo.

SEVILLA.

Imprenta y Litografía: Librería Española y Extrangera de D. J. M. Geofrin, Impresor honorario de Cámara de S. M.—Sierpes, 35.

1863.



IMPORTANCIA RELIGIOSA Y SOCIAL

DE LOS

SEMINARIOS CONCILIARES.

DISCURSO

SOBRE

LA IMPORTANCIA RELIGIOSA Y SOCIAL

DE LOS SEMINARIOS CONCILIARES,

LEIDO

EL DIA 25 DE SETIEMBRE DE 1863

EN LA SOLEMNE APERTURA DE ESTUDIOS

DEL

SEMINARIO CONCILIAR

DE SAN ISIDORO Y SAN FRANCISCO JAVIER DE SEVILLA,

POR EL PRESBÍTERO

DOCTOR DON MANUEL GONZALEZ Y SANCHEZ,

Rector y Catedrático de Fundamentos de Religion y Lugares Teológicos del mismo.

SEVILLA.

Imprenta y Litografía: Librería Española y Extrangera de D. J. M. Geofrin, Impresor honorario de Cámara de S. M.—Sierpes, 35.

1863.

✝

Señores:

El grave y difícil cargo, que vengo á desempeñar hoy, me llena en tanto grado de temor y de confusion, que si no me obligara el cumplimiento de un deber, jamás me hubiera atrevido á subir á este lugar respetable en ocasion tan solemne como la presente. Van á abrirse las áulas de este Seminario á la juventud estudiosa: multitud de jóvenes vienen hácia ellas para enriquecer sus almas con nuevos y variados conocimientos, y el profesor encargado de dirigirles la palabra, anunciándoles ha llegado el momento de proseguir sus interrumpidas tareas, debe encaminar todos sus esfuerzos á encender en sus corazones el amor á la virtud y á la ciencia.

Pero ¿qué podré yo decirles para cautivar su atencion, despues de haber oido en los años anteriores la voz autorizada de ilustres Prelados y de profesores distinguidos, que supieron llenar con maestría esta mision interesante? Yo debiera enmudecer ciertamente, si el vasto y delicioso campo de las ciencias eclesiásticas no me ofreciera recursos abundantes, que por su interés pueden ocuparnos

dignamente; aunque en mis labios pierdan mucho de su excelencia y hermosura.

Los constantes desvelos de la Iglesia en la educacion de los jóvenes, que aspiran al sacerdocio, han llamado toda mi atencion; y las escuelas eclesiásticas erigidas con este fin desde los tiempos mas remotos, y que hoy se conocen con el nombre de *Seminarios*, nos ofrecen en su historia y en sus ventajosos resultados argumento suficiente, para hacer útiles y provechosas reflexiones.

Establecidas por la Iglesia, conservadas y dirigidas bajo su benéfico influjo, han sido siempre fecundos planteles de ministros del Señor; y en su seno se han formado hombres ilustres, que, distinguiéndose en todos los siglos por su virtud y su saber, han honrado á la Iglesia de quien recibieron estos dones, no menos que á la sociedad, en cuyo beneficio han empleado tambien sus profundos conocimientos.

Una rápida ojeada sobre sus anales nos hará descubrir multitud de pastores, que, instruidos y educados en ellas, llegaron á ser el mas perfecto modelo de sus respectivos rebaños, y ofrecieron á la grey de Jesucristo los pastos mas sabrosos y abundantes. En ellas se instruyeron los valerosos defensores de la fé, que con lógica irresistible confundieron á los partidarios del error, obteniendo para la Iglesia triunfos gloriosos y señaladas victorias. En ellas, por último, se han inflamado en la caridad innumerables apóstoles, que, impulsados por su ardoroso celo, han penetrado en los paises mas remotos, les han llevado la luz brillante de la fé, y plantando en ellos la Cruz sobre las ruinas del error, han hecho que á su sombra se establezcan y conserven la paz, las virtudes y la civilizacion verdadera.

Tan admirables resultados revelan, Señores, la importancia de las escuelas eclesiásticas; y si advertimos que en los tiempos, en que más han florecido, se ha ostentado tambien más la gloria y el esplendor de la Iglesia, y que á su decadencia han seguido siempre dias de luto y de infortunios para la Religion, quedará justificado mi propósito de presentaros algunas breves y sencillas

observaciones sobre la importancia religiosa y social de los Seminarios Conciliares. Con ellas me propongo excitar en vosotros sentimientos de admiracion por las antiguas glorias de estos ilustres establecimientos, ofreceros fuertes estímulos para trabajar en el presente, y haceros reanimar para el porvenir la mas dulce y consoladora esperanza.

I. El divino magisterio que Jesucristo confió á su Iglesia, no se habia de circunscribir á una sola generacion, ni á un solo pueblo. Habia sonado la hora de la regeneracion del mundo, y todos los pueblos y las generaciones todas debian ser vivificadas por su celestial enseñanza. »Id, enseñad á todas las gentes," dijo el Salvador á sus discípulos: predicad al mundo la verdad de mi doctrina: destruid los errores, que tienen dominada la inteligencia humana: llevad por todo el orbe la luz brillante de la fé, que disipe las tinieblas de la ignorancia: purificad el corazon del hombre de los vicios, que le han contaminado, y estableced el poderoso imperio de la virtud y de la verdadera sabiduría. No temais ni á la falsa ciencia de los filósofos, ni á las potestades de la tierra, ni á los peligros, ni á la muerte, que »yo estaré todos los dias con vosotros hasta la consumacion de los siglos" (1).

Los primeros propagadores del Evangelio, obedientes á los preceptos de su Maestro divino, recorren el universo, presentan á la razon humana una doctrina hasta entónces desconocida, y despertando al mundo del profundo letargo, en que habia estado sumergido por espacio de cuatro mil años, lo colocan en posesion de la verdad, que en vano habian buscado sus sabios con cuidadosas y repetidas investigaciones. Tal es la mision divina de la Iglesia. Su perpetuidad exigió desde luego la formacion de nuevos predicadores de la fé, que, animados del espíritu de los primeros Após-

---

(1) Matt. 28 v.v. 19 et 20.

toles, continuasen la admirable obra, que estos habian comenzado, recibiendo de ellos su mismo sublime y augusto magisterio.

Desde entónces empiezan los cuidados de la Iglesia en la educacion de sus ministros; ella los instruye de la manera conveniente á sus altísimos fines, y en torno de los Apóstoles se descubren numerosos discípulos, que, escogidos de entre la multitud regenerada por las aguas del Bautismo, son preparados para el desempeño de los sagrados ministerios. No los envian á las academias de la poderosa Roma ni de la sabia Grecia: ellos mismos ilustran sus inteligencias entregándoles el depósito sagrado, que habian recibido de Jesucristo, y purifican sus corazones inculcándoles la necesidad, de que los ministros del Señor brillen en todo género de virtudes. Les encargan que »cuiden mucho de instruirse en la sana doctrina;" pero antes les recomiendan que »velen sobre sí mismos" (1). Les enseñan que el ministro de la Religion debe »abrazar firmemente la palabra de la fé, para que pueda exhortar segun la sana doctrina y convencer á los que contradicen;" pero no se olvidan de advertirles, que á la vez deben cuidar de conservarse »exentos de todo pecado, como dispensadores, que son, de los divinos misterios" (2). Y en una palabra, les amonestan para que se muestren siempre como »ejemplar perfecto de buenas obras, no solo en la doctrina sino tambien en la pureza de sus costumbres" (3).

Ved, Señores, el orígen de la enseñanza, que en todos tiempos ha dado la Iglesia á sus ministros. Al lado de los Apóstoles se instruyeron los primeros en la ciencia y en la virtud, y al lado de los Obispos se han venido instruyendo en todos los siglos, los que les han sucedido en el ejercicio de los ministerios eclesiásticos. »Tú has comprendido ya mi doctrina, decia S. Pablo á su discípulo Timoteo; persevera pues en las cosas, que has aprendido y

---

(1) 1. Tim. 4 v. 16.
(2) Tit. 1. v.v. 7 et 9.
(3) Tit. 2. v. 7.

te se han encomendado, sabiendo de quien las aprendiste" (1).
»Y todo cuanto has oido de mí delante de muchos testigos encomiéndalo á hombres fieles, que sean capaces de instruir á los demás (2). Y ¿quién no descubre en estas palabras del Apóstol el primer vestigio de las escuelas episcopales? Así lo reconoce hasta un historiador protestante, añadiendo que en ellas era donde se instruian desde los primeros siglos los jóvenes, que habian de dedicarse al servicio del santuario (3).

No es mi ánimo sostener que desde los tiempos apostólicos existiesen yá las escuelas eclesiásticas bajo la forma, que tuvieron en los siglos posteriores. Los tiempos de las persecuciones no eran los mas á propósito, para que la juventud, que se preparaba para el sacerdocio, se educase en una escuela donde, viviendo en comunidad, se ejercitase en las virtudes, y se dedicase al estudio de las ciencias á la vista del Obispo, y bajo la direccion de sabios y experimentados maestros. Esto hubiera sido congregar en un lugar víctimas inocentes, para saciar el furor de los tiranos, y exponerse al peligro de que bien pronto quedasen defraudadas las esperanzas mas halagüeñas de la Iglesia. Cuando los divinos misterios se celebraban en el secreto del hogar doméstico y en la lobreguez de las catacumbas, no hubiera sido posible conservar por mucho tiempo las escuelas, donde se formaban los ministros de la Religion, que se preparaban, para destruir algun dia las falsas creencias de sus crueles perseguidores. Pero es innegable que desde entonces se descubren los desvelos de la Iglesia por la recta instruccion de sus ministros, y la suma importancia, que ha dado siempre á la enseñanza de los jóvenes, que aspiran al sacerdocio.

La educacion del clero fué práctica por lo regular en el principio, y bastaba saber exponer con claridad los dogmas de la Religion, confirmando la doctrina con la santidad de la vida; porque la fé profunda y el candor de los primitivos fieles no exigian dis-

---

(1) Ep. 2.ª 3 v.v. 10 et 14.
(2) Ibid. 2 v. 2.
(3) Mosheim Inst. hist. eccæ. lib. 1.º part. 2.ª cap. 8.º

cusiones filosóficas, para conservar la doctrina: dóciles á la voz del Evangelio, humillaban siempre el orgullo de su razon en obsequio de la fé. Los primeros apologistas de la Religion se hallaban instruidos antes de su ingreso en el Cristianismo, y no necesitaron más que deponer sus antiguas preocupaciones, rectificar sus ideas, al recibir la fé de Jesucristo, adornar sus almas con las virtudes cristianas, y emplear sus antiguos conocimientos en defensa de la doctrina purísima, que tan felizmente habian abrazado.

Mas cuando el orgullo de la razon humana intenta someter á su imperio los venerandos dogmas del Cristianismo, cuando se presentan frente á la Iglesia por una parte el paganismo, procurando confundir con su ciencia la sabiduría de la Cruz, y por otra la soberbia de los hereges, pretendiendo anteponer á la doctrina católica los desvaríos de su presuntuosa razon, no se descuida la Iglesia en preparar á sus ministros de la manera mas conveniente, para sostener la nueva lucha, que se le presentaba. La escuela célebre de Alejandría se eleva entónces á la mayor altura, haciendo servir á la Religion todos los recursos de las ciencias filosóficas. Destinada en su principio á la instruccion de los catecúmenos, sirvió despues, para formar el clero bajo la vigilancia del Obispo, dándole, segun lo exigian las necesidades de la Iglesia, los conocimientos indispensables, para destruir el Gnosticismo, cúmulo de errores producidos por la razon humana en su empeño por comprehender con sus débiles fuerzas los adorables misterios de la fé. En ella se instruia á la juventud no solo en el estudio profundo de las Sagradas Escrituras, sino tambien en la Filosofía, Geometría y demás letras humanas, que se emplearon con provecho en defensa de la doctrina católica (1). Panteno, Clemente Alejandrino, Orígenes y posteriormente S. Atanasio fueron hijos esclarecidos de la escuela Alejandrina, quienes en sus escritos ofrecieron á la Iglesia un rico tesoro de profunda sabiduría, muy superior á la ciencia tan celebrada de los antiguos filósofos, de que se gloriaba la Grecia.

---

(1) Euseb. Historia Ecca. lib. 6, cap. 18.

Á semejanza de la escuela Alejandrina se fundan otras en Antioquia, Edesa, Cesaréa y otros puntos, y en ellas se forma un clero instruido y lleno de fortaleza, para combatir los errores, coronando á la Religion de los mas gloriosos triunfos. Siempre se pronunciarán con respeto los nombres ilustres de Eusebio Emiseno, S. Cirilo Jerosolimitano, S. Efren y S. Juan Crisóstomo, frutos preciosos de aquellas célebres academias, y argumentos poderosos de su importancia en beneficio de la Iglesia.

Pero todo esto no era sino una preparacion para el establecimiento de otros colegios, en que se perfeccionase todavía más la educacion de los ministros sagrados. El pensamiento de la Iglesia acerca de este punto aún no habia podido realizarse: necesitaba tiempos mas bonancibles. Por eso cuando, libre de la persecucion, se ostenta gloriosa, llenando todo el universo, y extendiendo por todas partes sus benéficas instituciones, hace aparecer muy pronto unos establecimientos, donde el clero adquiere juntamente las riquezas de la ciencia y la práctica de las virtudes cristianas.

S. Agustin nos ofrece el primer vestigio de estas escuelas, estableciendo en su Iglesia un monasterio de clérigos, plantel fecundo de hombres insignes en virtud y sabiduría, que ocuparon dignamente las sillas de las primeras Iglesias del Africa (1). Allí vivia el clero de la Iglesia Hiponense en la misma casa de su Obispo, renunciando á toda propiedad, ejercitándose en la práctica de las virtudes, y reproduciendo los dias felices de la primitiva Iglesia, en que los fieles, unidos por los vínculos de la caridad, formaban una sociedad, que tenia una sola alma y un solo corazon, como se refiere en el libro de los Hechos apostólicos (2). ¿Y quién no conoce la importancia de este género de vida, para los que se dedican al ministerio de los altares? ¿Quién no descubre en esta institucion saludable la realizacion de los deseos de la Iglesia, que ha exigido siempre una exquisita santidad en sus ministros? Tan grande era la importancia, que le daba S. Agustin, que se negaba á admitir

(1) Possidius in vita S. Augustini, cap. 11.
(2) S. August. Serm. 49 de diversis.



á los sagrados órdenes á los que reusaban vivir en su monasterio, y aun llegó á deponer de los ministerios sagrados á los que, faltando á su propósito, abandonaban aquella santa sociedad (1).

Es verdad que muchos no descubren en el instituto de S. Agustin, sino un monasterio, donde los que recibian los órdenes sagrados debian vivir en comunidad á la manera de los monjes, ejercitándose en las virtudes, para conseguir la perfeccion evangélica; pero, aun cuando así fuese, ¿podrá negarse que es un brillante testimonio de los desvelos de la Iglesia por la santidad de sus ministros? Con las antiguas escuelas les proporcionó la ciencia: con el instituto de S. Agustin, propagado á las demás iglesias, ofreció seguros asilos á su santidad y á sus virtudes; y estas dos instituciones, reunidas en un mismo establecimiento, producen poco despues de una manera indudable las escuelas episcopales, donde se instruye á la juventud, que se prepara para el sacerdocio en la ciencia de la Religion y en las virtudes evangélicas.

A la Iglesia de España, Señores, pertenece la gloria de haber dictado las primeras reglas, con que posteriormente se han venido rigiendo estos importantes establecimientos. Los Concilios 2.º y 4.º de Toledo, celebrados en los años 527 y 633, nos presentan con claridad la institucion de los colegios eclesiásticos, indicando las razones, que acreditan su utilidad é importancia. »Acerca de aquellos, que por la voluntad de sus padres fueron ofrecidos desde su tierna edad al oficio del clericato, dicen los Padres del 2.º Concilio Toledano, ordenamos y establecemos, que, luego que reciban la tonsura, se eduquen é instruyan en la casa de la Iglesia por un Rector encargado de ellos bajo la presencia y vigilancia de los Obispos" (2). Mas explícito aún el Concilio 4.º Toledano determinó que los clérigos jóvenes viviesen en comun dentro de un mismo Seminario ó Colegio, gobernado por un anciano y experimentado Rector, donde se les instruyese por maestros sabios, que los aficionasen á la piedad cristiana, y les enseñasen la disciplina eclesiástica. »Sien-

(1) S. August. Serm. 49 de diversis.
(2) Can. 1.

do propensa é inclinada á lo malo toda edad desde la juventud, dice el Concilio, ha parecido oportuno establecer, que los jóvenes, que hubiese en el clero, vivan todos en un cónclave ó casa del cláustro de la Iglesia, á fin de que los años peligrosos de la edad los ocupen no en liviandades, sino en la enseñanza y disciplina eclesiásticas bajo la direccion de un varon experimentado, que les sirva á un mismo tiempo de maestro de la doctrina y de observador y testigo de sus costumbres" (1).

Así procuró la Iglesia de España educar al clero desde su juventud, para que pudiese presentarse á los fieles como una luz brillante, que los guiase por la senda de la verdadera doctrina, y como el mas perfecto modelo de todas las virtudes cristianas. El ilustre Arzobispo de Sevilla S. Isidoro, nuestro esclarecido Patrono, que presidió el Concilio 4.º de Toledo, empezó á recoger bien pronto los abundantes frutos de institucion tan fecunda; porque fué el primero, que puso en práctica la determinacion del Concilio, estableciendo en esta ciudad un colegio, adonde acudia la juventud desde los paises mas remotos, á instruirse en la virtud y en las ciencias bajo la pastoral solicitud del santo y sabio Doctor de la Iglesia de España. ¡Qué gloria, Señores, para nuestra Iglesia de Sevilla haber sido la primera en establecer un plantel tan importante, que prometia tan halagüeñas y fundadas esperanzas! En él se observaba á la juventud, que se educaba para el sacerdocio, animada por el espíritu de concordia y de paz, dedicarse al ejercicio de las virtudes cristianas, y escuchar las lecciones llenas de sabiduria, que le daba aquel santísimo Prelado con el único fin de formar ministros dignos para bien y utilidad de la Iglesia. Alumnos esclarecidos de esta escuela fueron S. Ildefonso de Toledo y S. Bráulio de Zaragoza, hermosas lumbreras de su siglo, honor del Episcopado, y gloria de la Iglesia de España.

Los copiosos frutos del colegio de S. Isidoro demuestran la importancia religiosa de esta clase de establecimientos; y la utilidad,

---

(1) Can. 24.

que de ellos se seguia al Cristianismo, hace que se multipliquen en España, que se establezcan en Italia, Francia, Inglaterra y despues en todo el orbe católico, recogiéndose en todas partes los mas abundantes frutos de la educacion, que se daba en estos colegios á la juventud eclesiástica.

La Iglesia de Roma maestra de todas las demás, reconociendo que ninguna cosa hay mas provechosa para la Religion, que la instruccion de los ministros del Señor, mandó en el Concilio Romano, celebrado en el año 826, que se estableciesen escuelas en los Obispados, Parroquias y otros parajes, donde se juzgase necesario, con maestros capaces de enseñar las letras, artes liberales y los dogmas católicos; cuyo decreto fué renovado veinte y siete años despues en otro concilio por el Sumo Pontífice Leon IV (1).

S. Gregorio Magno habia convertido anteriormente su palacio en un convento y en un seminario, en que se educaban los jóvenes, que se habian de dedicar al servicio de los altares. De allí salieron S. Agustin y S. Meliton, apóstoles de la Gran-Bretaña, que extendieron por esta isla el Cristianismo, fundaron en ella establecimientos análogos al de S. Gregorio juntamente con las instituciones monásticas, que se propagaron rápidamente, y fueron la gloria de Inglaterra por la ciencia y la piedad, que desde luego hicieron florecer por todas partes.

Los concilios celebrados en Francia en esta época todos recomiendan la importancia religiosa de los Seminarios eclesiásticos, y promueven eficazmente su ereccion, excitando á los Obispos, á que se den prisa á abrir sus escuelas para la enseñanza de los clérigos (2): exponiendo la necesidad y conveniencia de que los jóvenes, que han de ser elevados al sacerdocio, se eduquen en ellos en la ciencia y en la piedad, á fin de que revestidos de las armas espirituales, se preparen decorosamente, para ser útiles á la Iglesia (3): y mandando por último que ninguno sea promovido

(1) Labbé tom. 8 cap. 4 et 5.
(2) Conc. Cabilonense 2. cap. 3.
(3) Conc. Aquisgranense 1. cap. 135.

al sacerdocio, sin que haya permanecido anteriormente en la escuela episcopal, para aprender en ella las obligaciones del estado, y dar un testimonio seguro de su vida y de sus costumbres (1). Tan grande ha sido, Señores, la importancia, que ha dado la Iglesia á las escuelas eclesiásticas, y tan constantes sus esfuerzos por conseguir su establecimiento.

Y no podia menos de ser así; porque un clero sólidamente instruido es el mas fuerte apoyo para la Iglesia, y forma como un ejército bien ordenado, dispuesto siempre á conseguir para la Religion las mas gloriosas victorias sobre el vicio y la ignorancia. Por eso, cuando siente la Europa sobre sí la invasion terrible de los bárbaros del norte, que despedazan el imperio de Occidente, el clero, apoderándose de aquellos pueblos feroces, ilustra sus inteligencias, purifica sus corazones, y forma de todos ellos una sola familia, que bajo la influencia del Cristianismo goza de paz y de felicidad. La instruccion y la moralidad del clero es la que enriquece á la Iglesia con tan admirables conquistas, y hace que »en ella como en misteriosa nave marche la suerte del mundo" (2). No hay mas que dirigir una mirada á la historia de esos tiempos, y todas sus páginas ofrecerán brillantes testimonios de los preciosos frutos obtenidos por la Religion por medio del clero, cuidadosamente educado en los monasterios, y en las escuelas fundadas, dirigidas y conservadas por la Iglesia.

Pero, Señores, á continuacion de estas páginas, que publican las glorias y grandezas del Catolicismo, encontraremos otras, que revelan sus desgracias é infortunios. Desde fines del siglo diez se observa un cambio sensible, que causa á la Religion males sin cuento. La disciplina eclesiástica empieza á relajarse, y á medida que avanza el tiempo crece su decadencia: la ignorancia se apodera tambien de los eclesiásticos de aquella época, y á su sombra se multiplican los vicios, se aumentan los desórdenes, aparecen los

---

(1) Conc. Turonense 3 cap. 12.
(2) Herder: Ideas sobre la filosofía de la historia.

cismas, y la Iglesia llora sus infortunios, y se esfuerza por aplicar eficaces remedios.

Triste es en verdad contemplar á la Iglesia, que habia marchado triunfante, sostenida por ministros llenos de virtud y de sabiduría, lamentándose de que hubiesen perdido estos dos timbres gloriosos del sacerdocio. Es indudable que aun en aquellos tiempos calamitosos brillaron varones insignes por su saber y su piedad; pero sus hermosos resplandores oscurecian mucho más las negras sombras de los que se hallaban envueltos en las tinieblas de la ignorancia.

¿Y cuál es la causa de que en el campo fértil de la Iglesia se hayan marchitado las hermosas flores, que la embellecian, y se hayan secado los frondosos árboles, que la refrigeraban con su sombra? ¡Ah! Señores; las escuelas episcopales habian decaido, sus puertas se hallaban cerradas, sus áulas desiertas, y ya no se oia en ellas la voz de los sabios maestros y de los celosos operarios, que formaban á la juventud eclesiástica segun el espíritu del Evangelio. La barbarie de aquellos tiempos habia cerrado aquellos establecimientos importantes, el clero habia perdido sus escuelas; y ved aquí una de las causas mas poderosas de la decadencia de la disciplina, y de la relajacion, que se advierte en aquella época de triste y desconsoladora memoria.

La Iglesia dirige su vista á unos lugares solitarios, que se conservan puros en medio de la inmoralidad de aquel tiempo, y que sirven de asilo á la santidad y á la ciencia, y ellos solos son los que pueden mitigar su amargura. En los monasterios, donde se conservan los tesoros de la virtud y de la sabiduría, y donde se educan los monjes en las ciencias á la par que en la piedad cristiana, es donde encuentra brillantes lumbreras, que coloca en las sillas episcopales, para que disipen los funestos efectos de la ignorancia y de los vicios de aquellos desgraciados siglos. ¡Tan cierto es que solo en el retiro y en la soledad puede recibir el clero una instruccion sólida y provechosa!....

La fundacion de Universidades, que principió en el siglo doce,

fué uno de los remedios, que se emplearon para extirpar los gravísimos males de aquella época. La Iglesia misma las establece, y las protege. Los escritos de los autores de la antigüedad, conservados cuidadosamente en los monasterios, ofrecen á estas escuelas recursos abundantes, para adelantar en las ciencias. En ellas se constituyen grandes focos de luz, que disipan con el tiempo las tinieblas de la ignorancia, despertando la aficion al estudio en todas las clases de la sociedad: los distinguidos profesores, que ocupan sus cátedras enseñan á la multitud de discipulos, que se apresuran á escucharlos, las diferentes facultades, en que se comprenden todos los ramos del saber humano; y de sus aulas salen hombres eminentes, que prestan distinguidos servicios á la Iglesia y á la sociedad. La importancia de estos establecimientos es innegable; pero ¿bastarian para proporcionar al clero una instruccion, que llenase todos los deseos de la Iglesia, y lo preparase para desempeñar dignamente los sagrados ministerios? No, Señores: la fundacion de estas escuelas fué el primer paso, para destruir el mal; pero no fué, ni pudo ser su completo remedio.

En las Universidades se trabajaba, y con buen éxito, en cultivar el entendimiento de los jóvenes; pero no se cuidaba tanto de arreglar su corazon: se hacian esfuerzos, para hacer sobresalir las obras del ingenio; pero no habia igual solicitud, para fomentar la piedad y la santidad de la vida: y aunque los profesores fuesen modelos de virtud y de santidad no podian impedir, que los alumnos se inficionasen fuera de las aulas con el aire corrompido del siglo. ¿Y qué importaba, Señores, que la juventud eclesiástica escuchase en las aulas las lecciones de la mas profunda sabiduría, y que dignos profesores le inculcasen el amor á las virtudes cristianas, si poco despues presenciaba los malos ejemplos de jóvenes distraidos, que se educaban en su compañía, y viviendo libremente en medio del bullicio de la sociedad, se dejaba arrastrar por los halagos seductores del mundo? ¡Qué difícil es que el jóven abandonado á sí mismo, y sin estar sujeto á una constante y cuidadosa vigilancia, conserve la santidad, y no se deje

dominar del desórden de las pasiones!.... Al jóven que se educa para el sacerdocio, es muy necesaria la ciencia; pero le es mas indispensable todavia la santidad. El eclesiástico no solo ha de ser la «luz del mundo,» sino tambien la «sal de la tierra» (1). Luz, que ilumine á los pueblos con el refulgente brillo de su ciencia, y sal, que los preserve de la corrupcion con el aromático perfume de sus virtudes. »La ciencia sin la santidad hace al jóven arrogante y soberbio" (2); y la arrogancia y la soberbia le despojan de la humildad, fundamento sólido de todas las virtudes, que distinguen y enaltecen al sacerdote católico.

No se diga que, pasados los años de la juventud, podrá el hombre instruido adquirir las virtudes necesarias para el sacerdocio. ¿Y por qué no se ha de procurar que alcance estas virtudes desde sus primeros años? ¿No es la juventud la edad de las fuertes impresiones, la edad, en que los hábitos se arraigan con mas fuerza, y la edad, cuyos extravíos perseveran hasta la decrepitud? (3) Justo es que los que se dedican al ministerio de los altares, trabajen desde su juventud en sujetarse al suave yugo de la ley santa del SEÑOR, y crezcan en las virtudes, como por grados, hasta llegar á la perfecta santidad. Para esto se necesita una vigilancia suma, una asiduidad constante y una direccion acertada, cual no es posible encontrar sino en las escuelas, que existen bajo la inmediata dependencia de la Iglesia.

Esta es la causa por qué, á pesar de la fundacion de las Universidades, á pesar de sus servicios y de su justa y merecida nombradía, no cesaba de clamar la Iglesia por el restablecimiento de las escuelas episcopales, y suplia su falta con establecimientos análogos, donde ofrecia á la juventud asilos seguros, para preservarse de la corrupcion del siglo. Al lado de las Universidades se fundan colegios inspirados por el sentimiento religioso, cuyos alumnos se distinguen por su traje humilde, por su vida retirada y por sus

---

(1) Matt. 5 v.v. 13 et 14
(2) S. Isidori lib. 3 sentent. cap. 36.
(3) Prov. 22 v. 6.

prácticas religiosas. Bolonia, Perusa, Salamanca, Valladolid y otros puntos deben esta clase de colegios á ilustres prelados españoles y á virtuosos eclesiásticos; y de su seno se ven salir muy pronto varones insignes en santidad, entre los cuales brillan para gloria de la Iglesia de España S. Juan de Sahagun, Sto. Toribio de Mogrovejo y Sto. Tomás de Villanueva.

Pero esto, Señores, no era mas que un medio para suplir la falta de Seminarios. Por su defecto, dice un historiador contemporáneo, »se formaron en las Universidades aquellos invernáculos para preservar del aire mundano ciertas plantas escogidas en beneficio de la Iglesia" (1).

Y si tan importantes para la Religion fueron estos colegios, establecidos para suplir la falta de las escuelas episcopales ¿cuanta no seria la importancia del restablecimiento de estas mismas escuelas? A este fin dirige la Iglesia todos sus esfuerzos: y ya en el Concilio 2.º de Letran dió Alejandro III las mas benéficas providencias, para conseguirlo, proporcionando maestros á los clérigos, que hubieran de ser promovidos al sacerdocio. Inocencio III renueva este decreto en el Concilio 4.º de Letran, mandando tambien que en todas las iglesias catedrales y colegiatas hubiese un maestro, que enseñara gratuitamente la gramática y demás ciencias á los clérigos y estudiantes pobres, é instituyendo una prebenda en cada iglesia metropolitana para un teólogo, que enseñase á los sacerdotes y demás eclesiásticos la Sagrada Escritura, y cuanto tiene relacion con la cura de almas. Así preparaba la Iglesia el restablecimiento de sus escuelas, cuya importancia y necesidad eran cada dia mas evidentes. Por ellas clamaban los Obispos, y á su defecto atribuian los hombres mas eminentes todos los males, que habian afligido á la Religion (2). Por esto, cuando estalló la espantosa rebelion del siglo XVI, y al grito engañoso de reforma arrebató el protestantismo naciones enteras á la Iglesia; cuando los pretendidos reformadores se apoderaron para per-

---

(1) La Fuente, Hist. eclesiást. de España t.º 2.º § 257.
(2) Conc. Mediolan. 5 part. 3.ª tít. de Seminariis.

vertir á la juventud de muchas cátedras de las Universidades de Alemania, se consideró el restablecimiento de los Seminarios, como único medio de reformar la disciplina, y prepararse á resistir los graves males, que amenazaban en el porvenir. El Cardenal Reginaldo Polo no encuentra medio mas á propósito, para reformar el clero de Inglaterra, que la ereccion de Seminarios (1); y el célebre Taxaquet, representante de los Obispos de Ampurias y de Agnani en el Concilio Tridentino, y despues Obispo de Lérida, propuso á los Padres el restablecimiento de los Seminarios, como la medida mas importante para la verdadera reforma, y supo mover sus ánimos, para tomar tan acertada resolucion.

La importancia religiosa de los Seminarios era la que obligaba á obrar en estos términos á los Prelados de la Iglesia y á los sabios mas distinguidos; y esa misma importancia fué la que movió á los Padres del Santo Concilio de Trento, á acordar el memorable decreto, contenido en el capítulo 18 de la sesion 23 de *Reformatione*, en que se manda el restablecimiento de los Seminarios en todas las iglesias catedrales. Sabian los Padres que no hay cosa, que instruya con mas fuerza á los fieles en la piedad y culto de Dios, que la vida y ejemplo de los que se han dedicado al ministerio divino (2): reconocian que la santidad de los ministros del Señor debia esperarse únicamente de su religiosa educacion bajo el cuidado y vigilancia de los Obispos, é »investidos del espíritu de Dios, diré con un ilustre Prelado español (3), y tomando el nombre de la Iglesia, á quien como congregados en el Espíritu Santo representaba el Santo Concilio, al modo que allá Termútis al entregar á la israelita Jacobet el niño Moisés; *accipe puerum istum*, le decia, *et nutri mihi:* tomad, dice á los Obispos, estos jóvenes, y criadlos para la Iglesia: han de ser eclesiásticos; educadlos en el espíritu eclesiástico: se destinan para pelear las batallas del Señor:

---

(1) Bened. XIV, Institut. 59.
(2) Sess. 22 cap. 1.° de Reformatione.
(3) Ilmo. Sr. Obispo de Ibiza: artículo publicado en la revista religiosa titulada el »Nuncio de la Verdad.” tomo 1.°

bajo vuestra mano reciban las instrucciones de cómo en ellas se han de conducir: han de enseñar la Religion, maestros de ella sois; de vosotros es de quien ellos la deben aprender."

Tales fueron, Señores, los sentimientos, que animaban á los Padres Tridentinos, al decretar el restablecimiento de los Seminarios. La Iglesia recibió con júbilo esta determinacion, y los mas sabios escritores han confesado, que aun cuando no hubiera producido otro fruto aquel santo Concilio, que el restablecimiento de tan importantes escuelas, esto solo hubiera bastado para compensar todos los trabajos y gravísimas incomodidades de aquellos infatigables Padres en los diez y ocho años, empleados en su celebracion; porque este era el único medio, para hacer florecer la disciplina eclesiástica, de que depende especialmente la santificacion de los pueblos, la conservacion de la piedad y el exterminio de los vicios (1).

No debe extrañarse por tanto que los Prelados todos de la Iglesia Católica se apresurasen á restablecer sus Seminarios, de donde esperaban para la Religion bienes inestimables. Quisiera detenerme á presentaros sus trabajos, sus esfuerzos y su infatigable constancia, para llevar á cabo tan saludable institucion; pero no siéndome posible, me contentaré con pronunciar el ilustre nombre de S. Cárlos Borromeo, que ha merecido la gloria de ser reconocido como el pastor y patrono de todos los Seminarios por sus trabajos apostólicos, para llevarlos á la debida perfeccion, de los cuales las actas de la Iglesia de Milan son un brillante é imperecedero testimonio. Tampoco puedo dispensarme de tributar el mas respetuoso homenaje á la grata memoria de los esclarecidos Prelados de esta Iglesia de Sevilla, que con incansable celo trabajaron despues del Concilio Tridentino en la ereccion del Seminario. Su firmeza para vencer los obstáculos, que circunstancias azarosas ofrecían á su restablecimiento; su gozo cuando lograron verlo establecido á principios del siglo XVII, y los frutos, que empezaron á recoger desde entonces, son un nuevo testimonio de la importancia religiosa de estos nobilísimos colegios.

---

(1) Pallavicini, Hist. Conc. Trid. lib. 22, cap. 8, n.° 3.

Por esto, Señores, cuando acontecimientos tristes para la Iglesia arrebataron á esta Diócesis aquel plantel fecundo de ministros del altar, sus Prelados renuevan sus trabajos, y no dejan de emplear cuantos medios les inspira su celo, hasta que en nuestros dias se abrió este Seminario á la juventud de la Iglesia Hispalense, que aspira al sacerdocio. Muchos de vosotros oisteis en este sagrado recinto al digno Prelado, que tuvo la satisfaccion de instalarlo, congratularse en el Señor, y le visteis derramar lágrimas de gozo, al contemplar los copiosos bienes, que esperaba de este Seminario en el porvenir para honor y gloria de la Iglesia de Sevilla (1).

Pero, si tan grande es la importancia religiosa de los Seminarios Conciliares, que su instalacion excita justamente la alegria de los Prelados, no es menor la que tienen, considerados con relacion á la sociedad.

II. No hay cosa, que mas poderosamente influya en la suerte de las sociedades humanas, que las doctrinas, que han llegado á dominarlas. Ellas son las que caracterizan sus leyes, sus costumbres y sus instituciones, y las que, segun su diferente naturaleza, les proporcionan su bienestar, ó les ocasionan su ruina. Contemplad una sociedad, dirijida por doctrinas sanas y verdaderas, y veréis como brillan en ella la paz, el órden y la justicia, que la ponen en posesion del verdadero progreso y de la verdadera felicidad. Pero considerad otra, donde hayan llegado á entronizarse las doctrinas del error, y la veréis agitarse en medio de la corrupcion y el desórden, alejándose siempre de su verdadero bienestar.

La lucha entre la verdad y el error, que se disputan la posesion del hombre, es un hecho muy patente en la historia: y este hecho nos explica las diferentes fases, que presentan las naciones, marchando unas veces á su prosperidad y grandeza y otras retrocediendo á su decadencia y ruina, segun que ha triunfado la doc-

(1) Emmo. Sr. Cardenal Romo: discursos en la apertura de este Seminario en los años 1848 y 1852.

trina de la verdad, ó se ha extendido la enseñanza del error. Hoy mas que nunca se ha avivado esta lucha entre la doctrina católica, verdad inmutable y purísima, y el racionalismo, agregado informe de groseros y perniciosos errores.

¿Y qué podrá esperar la sociedad de la enseñanza del racionalismo?..... Una doctrina, que no reconoce mas autoridad, que la razon: que enseña á despreciar todo lo que esta no comprende: que no habla de Dios, sino para ultrajarlo ó confundirlo con el mundo: que no admite mas regla de lo justo y de lo injusto, de lo moral y de lo inmoral, que las exigencias del egoismo; y que es la última expresion del orgullo y de la soberbia, ¿podrá labrar la felicidad de las naciones? Una doctrina, que trabaja por destruir todas las obras de la verdad católica, manantial perenne de toda clase de bienes para la sociedad, ¿podrá llevar á los pueblos á su prosperidad y grandeza? Una doctrina, que acostumbra á la juventud á desconocer toda autoridad, á satisfacer sus pasiones, y á guiarse solo por los desvaríos de una razon presuntuosa, ¿podrá proporcionar al mundo la tranquilidad y la paz? No, Señores. La historia nos revela en todas sus páginas los graves males, que han experimentado los pueblos, cuando se han dejado sorprender por esta destructora enseñanza. En todas las formas, bajo que se ha presentado en los diferentes siglos, ha producido siempre los mismos tristes y perjudiciales efectos. En todos tiempos ha procurado separar al hombre de la enseñanza de la doctrina católica; y cuando el hombre pierde este faro luminoso, se envuelve en las tinieblas del error, y vé disiparse su felicidad y grandeza.

Un grito de rebelion se dejó oir en el Oriente. Era la voz del orgullo, que se insubordinaba contra la autoridad legítima; la voz de la soberbia, que se rebelaba contra la humildad; la voz del error, que proclamaba el cisma y la separacion de la cátedra de Pedro, donde tiene su asiento la verdad y la justicia; era en fin la voz de la razon, que se oponia á una autoridad suprema, establecida por la doctrina revelada. Y ¿cuál fué el resultado? El Imperio de Oriente, grande y poderoso, mientras permaneció fiel á la doctri-

na de la verdad, se debilita: seducido por falsas enseñanzas, pierde su grandeza y su gloria, y muere al fin, como corpulento gigante, herido en el corazon por inesperada saeta.

No busqueis ya en el Oriente las inteligencias privilegiadas, con que se habia honrado en tiempos mas felices, ni á los sabios, que lo habian ilustrado con las producciones de su profunda sabiduría, ni la felicidad, que disfrutaba en el seno de la Iglesia católica. Todo ha desaparecido: las doctrinas del error dominaron aquel pais, y la verdad ha abandonado su suelo.

Nueva forma toma el error en el siglo XVI: avanza con mas fuerza, y ya no es únicamente la autoridad de la cátedra de Pedro, la que pretende destruir: aspira á trastornar todo el depósito de la fé, y no un dogma solo, sino todos los dogmas son el objeto, contra quien se dirijen los envenenados dardos de aquella nueva rebelion, que se propone aniquilar la enseñanza de la verdad.

El protestantismo desconoce el magisterio de la Iglesia, y erige en principio que la razon humana es la única norma de la fé y de la moral. Parecia, Señores, que solo la Religion habia de experimentar los efectos de esta perniciosa enseñanza; pero no es así. La sociedad tambien se estremece, y se siente oprimida por el grave peso de las desgracias é infortunios. Luchas intestinas, guerras desoladoras, desunion en los ánimos, division en las creencias, inmoralidad, desórden y la pérdida de la felicidad verdadera son los frutos de la pretendida reforma, y la única recompensa concedida á los pueblos, que, separándose de la verdad católica, se dejaron seducir por sus engañosas promesas (1).

Se dirá acaso que estos males, que sintió la sociedad, tenian su origen en que la razon no habia alcanzado aún todos sus fueros, ni habia ejercido sobre los pueblos toda su poderosa influencia. Pues fijémonos en una época mas reciente, en que aquella ejerce sobre la sociedad una completa soberanía. La filosofía del siglo pasado se encarga de establecer su dominacion: multitud de pro-

(1) Conf. Milner.: Excellence de la relig. cathol. tom. 1 lett 6, et Gerard Brandt. Hist. abrègée de la reforme, etc.

ducciones de una filosofía atea preparan á los pueblos para su advenimiento, y los filósofos anuncian se acerca el dia, en que destruido todo lo existente, empiece una nueva era para la sociedad (1). Aparece en efecto, y la Francia es el pais, donde se dá principio al reinado de la razon. Yá esta no es solamente norma de la fé, yá no es solo reguladora de la moral: ha sido divinizada; y una muchedumbre impelida por sus pasiones, y embriagada por la voluptuosidad, se postra ante las aras erigidas á la *diosa Razon*, último término á que puede llegar una sociedad envilecida (2). La impiedad entronizada despreció todo lo sagrado, y proporcionó á la sociedad dias de terror, de disolucion y de exterminio, cuyo solo recuerdo hace extremecer, y cuyas consecuencias aún estamos experimentando.

Tales han sido siempre los efectos de las doctrinas del error, y tan funesta para los pueblos su separacion de la verdadera doctrina. Hoy trabaja el racionalismo por alcanzar nuevos triunfos: la inquietud se ha apoderado de los espíritus, y por todas partes se advierte el temor, de que se reproduzcan los males, que han sufrido las naciones, siempre que ha triunfado el error. Y ¿quién salvará á la sociedad? ¿Qué poder podrá resistir á tan temible adversario? Solo tú, ¡oh Religion santa de Jesucristo!, que habitas en la tierra, para labrar la felicidad del mundo, ilustrando y purificando al hombre con tu enseñanza divina y con tu moral purísima, por medio de tu augusto y sublime sacerdocio.

Es indudable, Señores: la ciencia de la carne debe ser combatida por la ciencia del espíritu: las doctrinas del error por la doctrina de la verdad: y la enseñanza, que ha subido del fondo del abismo por otra enseñanza, que haya descendido del cielo. Esta ciencia sublime, esta doctrina purísima y esta celestial enseñanza es comunicada por la Religion al sacerdocio, para el cual prepara dignamente á la juventud, á fin de trasmitir por su medio á los pueblos sus inestimables beneficios.

---

(1) Voltaire: carta al marqués de Chauvelin, 2 de Abril de 1762.

(2) Una muger impúdica, símbolo de aquella pretendida divinidad, fué conducida en triunfo desde la sala de la Asamblea hasta la catedral, convertida en templo de la nueva diosa.

Empieza por separar á los jóvenes de la corrupcion del mundo, y los coloca en el retiro de un Seminario, donde abstraidos de lo terreno se hacen mas capaces de lo inteligible y espiritual: dedica todos sus desvelos, á formar su corazon, imprimiendo en él los hábitos de las virtudes cristianas: los ejercita en la oracion, práctica sublime, que pone á la criatura en relaciones íntimas con su Criador, y tan necesaria al sacerdote, que sin ella, dice un autor, »es soldado sin armas, guia sin luz, pastor sin cayado, predicador sin voz, maestro sin ciencia, atalaya sin ojos y trompeta sin aliento:" (1) trabaja por infundirles amor al recogimiento, que los preserva de la disipacion, y los dispone para la virtud y para los adelantos científicos: sofoca en su corazon el orgullo y la soberbia, y los hermosea con la humildad cristiana, fundamento sólido de todas las virtudes, que, dándoles el conocimiento de sí mismos, impide sean dominados por las necias ilusiones de la vanidad: los sujeta á una prudente disciplina, que multiplica el tiempo, evita la ociosidad, hace de cada Seminarista un soldado, pronto á ejecutar las órdenes de su jefe, y forma con todos ellos una familia bien regulada, cuyos miembros se hallan dulcemente ligados por los estrechos vínculos del amor fraternal; este amor ha de producir las relaciones, que los eclesiásticos deben conservar entre sí toda la vida, para consuelo recíproco, y para favorecerse y consultarse en todos los casos, que puedan ocurrirles en el ejercicio de su elevado ministerio.

Asi procura la Iglesia formar el corazon de la juventud, destinada al sacerdocio: y añadiendo el ejercicio de prácticas piadosas, la asistencia á los divinos oficios y la frecuencia de Sacramentos, hace que se disponga para la santidad, condicion indispensable, para adquirir la ciencia, porque en el alma, manchada por la culpa, jamás se levantó el trono de la sabiduría.

A la vez que la Religion se propone adornar con las virtudes á los que un dia han de ser sus ministros, presenta á su vista los riquísimos tesoros de la ciencia, y los conduce como por la mano

---

(1) Véase la obrita titulada, «El Colegial instruido» del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo D. Antonio María Claret, tomo 1.° cap. 3.°

hasta lograr su adquisicion. El estudio de la lengua latina, que es el idioma de la Iglesia católica, es el primero, á que les hace dirijir sus desvelos. Se propone formar Sacerdotes, que no solo han de ser ciudadanos de un pueblo, sino de todo el mundo: que han de estar dispuestos, para ejercer su ministerio no solo en un pais, sino en todo el orbe; y por eso los prepara con un idioma universal, que une á todos los pueblos, y que pone al eclesiástico en comunicacion con los hombres científicos de todo el universo. Con él podrá el Seminarista manejar la Sagrada Biblia, las obras de los Padres, las actas de los Concilios, las constituciones de los Sumos Pontífices, las obras de los teólogos de todos los paises y otras mil producciones, que, escritas en este idioma, contienen un manantial fecundo de ricos y utilísimos conocimientos.

Al estudio del latin agrega la Iglesia en el plan de instruccion de sus ministros el estudio de la Filosofía; pero una Filosofía cristiana, que, sin degradar á la razon, la encierra dentro de sus justos límites, evitando que caiga en un materialismo grosero ó en un absurdo panteismo. Filosofía, por la que el hombre adquiere el conocimiento de sí mismo, de su orígen, de su último fin, y que en la contemplacion de la naturaleza le hace descubrir la mano poderosa de su Autor divino, y en los arcanos, que encierra, le patentiza la limitacion de la inteligencia humana. Descubre á su vista los absurdos de los sistemas filosóficos, que no han reconocido á Dios por Autor supremo de todos los séres, los extravios del entendimiento humano, cuando se ha atrevido á salir fuera de sus límites, y los graves daños, que este desórden ha traido á la sociedad en la filosofía, en las costumbres, en la educacion, en las instituciones y en las leyes; y le señala el sendero, que ha de seguir la razon humana, si no quiere perderse en el laberinto de los errores, y si ha de servir para iluminar al mundo, y no para precipitarlo en su desolacion y en su ruina.

Pero hay una Filosofía superior, una Filosofía divina, que rectifica y afirma los conocimientos de la razon humana, aumenta sus ideas, la ilumina con mas pura y refulgente luz, y le descubre nue-

vos horizontes, á que no puede llegar por sí sola la inteligencia limitada del hombre. La Teología, Señores, reina de las ciencias, cuyo objeto es Dios, cuyo fundamento es la palabra divina, y cuyo fin es la suprema felicidad, ocupa el lugar mas distinguido en la enseñanza, que la Religion proporciona á sus ministros. Ella los eleva al conocimiento verdadero de Dios, y los recrea dulcemente con la contemplacion profunda de su hermosura y de sus infinitas perfecciones. Enseña á la humanidad el orígen de sus males, su deplorable caida, su reparacion admirable; le ofrece los medios mas eficaces para obtener su completa rehabilitacion; y le propone una moral pura, única, que puede perfeccionarla y que, emanada de la sabiduría divina, le proporciona su engrandecimiento y su gloria.

Despues del estudio de la Teología pone la Iglesia en manos de la juventud el libro divino de la Sagrada Escritura; la dirije en sus interpretaciones, la enseña á buscar las preciosas joyas, que en ella se encierran, y evita los extravíos del espíritu privado, inculcándole la necesidad de sujetarse en su explicacion á su divino magisterio. Para facilitar su estudio, le obliga á consultar las obras de los Padres y las definiciones de la Iglesia, y la instruye en las lenguas orientales, en que aquellos sagrados libros fueron escritos en su orígen. Asi prepara á la juventud, para que pueda en su dia enseñar la sana doctrina á los pueblos, combatir á los adversarios de la fé, corregir á los frágiles y defectuosos, é instruir á todos en la santidad y en la justicia, fin único y exclusivo del Sacerdote católico.

Y no se olvida la Iglesia de dar á conocer á sus alumnos su extructura exterior y su organizacion divina, instruyéndolos en el Derecho Canónico, complemento de los estudios teológicos y testimonio de la sabiduria de la Iglesia, sociedad perfecta y nobilisima. En sus códigos les presenta el mas completo sistema de legislacion; en sus cánones les dá á conocer las reglas mas puras de equidad y de justicia, y enseñándoles las luminosas pruebas de su libertad é independencia, los fortalece con poderosas armas, para defenderla de los que se declaran sus injustos opresores. No perdona medio para la instruccion de sus ministros: no hay ciencia, á cuyo cultivo

no los dedique; y cuando los encuentra adornados de la virtud y de la sabiduría, los reviste del carácter sacerdotal, los envia á evangelizar y santificar á los pueblos, y entonces empieza á percibir la sociedad los copiosos frutos de la educacion, que los ministros del SEÑOR han recibido en las escuelas eclesiásticas.

»El Párroco, ha dicho un escritor de nuestros dias, es una indispensable rectificacion de las ideas del pueblo" (1). Y en efecto, colocado al frente de los fieles, formará en la piedad el corazon de los niños, instruyéndolos en los primeros rudimentos de la fé, y sabrá contener los lamentables extravíos de la juventud, haciéndola perseverar constante en las verdaderas doctrinas, como único medio de labrar su dicha en el tiempo y en la eternidad. Ministro de paz, la sabrá introducir en las familias, uniendo con fuerte vínculo á los esposos, bendiciendo el tálamo nupcial, enseñando á los padres el cuidado y desvelos, que deben emplear en la educacion de sus hijos, y á estos el respeto, la veneracion y el amor, que deben á sus padres. Predicará á los pueblos la obediencia y la sumision, diciéndoles con el Apóstol, »que deben someterse á las autoridades no solo por temor del castigo, sino por una estrecha obligacion de conciencia" (2). Hablará á los príncipes, y les dirá que la ley eterna de Dios debe ser la norma y el fundamento de sus leyes; que no deben oprimir á los pueblos, sino procurar su felicidad, empleando todos los medios, que saben inspirar la solicitud y el cariño de un padre. Y esta doctrina, Señores, predicada constantemente, será una fecunda semilla, que, arrojada sobre la tierra, producirá en tiempo oportuno ópimos y sazonados frutos.

¡Qué hermosa se presenta la sociedad, dirijida por las saludables máximas de la Religion de Jesucristo! ¡Qué feliz cuando escucha con docilidad la sublime enseñanza, con que la nutren y fortalecen los ministros del Evangelio! Solo entonces disfrutará de paz imperturbable, entrará en posesion de la verdad, y evitará los

---

(1) Mr. Thiers: carta á Mr...... 2 de Mayo de 1848. Paris.
(2) Rom. 13, v. 5.

graves males, que le han ocasionado en todos tiempos las doctrinas del error y las perniciosas máximas de la falsa filosofía. No habrá en ella enemistades ni discordias, desórdenes ni corrupcion; porque el ministro del Señor sabrá velar, para extinguir todos los vicios, que la debilitan y trastornan, exhortando á unos, corrigiendo á otros, y presentando á todos vivos ejemplos de las virtudes, en que se ejercitó desde sus primeros años bajo la direccion y enseñanza de la Iglesia. Al espíritu de insubordinacion opondrá los ejemplos de la mas profunda obediencia: á la soberbia del siglo resistirá con la humildad cristiana: vencerá al amor propio y al egoismo con los prodigios de la caridad, que le obliga á sacrificar, como pastor solícito, sus comodidades y hasta su misma vida en beneficio de sus ovejas. Es innegable, Señores: las virtudes del sacerdocio son la fuerza mas poderosa, para arrancar de la sociedad los vicios, que la contaminan: sus ejemplos son un poder irresistible, que atrae á los pueblos á las sendas del bien, y los aparta de los caminos torcidos del mal, con que el hombre se degrada y envilece.

¡Cuán grande aparece ahora la importancia social de los Seminarios, instituidos por la Iglesia, para formar esos ministros, que han de producir en beneficio de los pueblos frutos tan inestimables! Bien lo ha comprendido la impiedad, que, agitada de furor contra la Iglesia, porque con su poder invencible ha resistido siempre á sus maquiavélicos planes, no ha perdonado á las escuelas eclesiásticas, porque en ellas forma la Religion los que han de pelear las batallas del Señor, y han de salvar la sociedad de la ruina, á que la conduce su perniciosa enseñanza. Los protestantes las cerraron en Alemania, Inglaterra é Irlanda. La falsa filosofía las extinguió en los Paises Bajos, Francia, Bélgica y América, y donde quiera que han triunfado las doctrinas del error, se ha seguido siempre la supresion de los Seminarios, como obstáculos poderosos á los planes de la irreligion. La filosofía se propuso formar un clero acomodado á sus ideas destructoras, y cerró las escuelas donde recibía la enseñanza pura, que sirve de apoyo á la Religion y á la sociedad.

Pero observad, Señores, cuan pasajero es su triunfo, y advertiréis que al punto que desaparece su maléfico influjo, se han restablecido en todas partes las escuelas eclesiásticas, como el medio mas á propósito, para proporcionar dias de gloria á la Religion, de paz y de ventura á la sociedad.

En ellas ha formado siempre la Iglesia sus ministros, y le han servido de asilo seguro para la juventud, destinada al sacerdocio. Su importancia religiosa se descubre, contemplando los constantes esfuerzos de aquella por su establecimiento, los males, que ha experimentado, cuando han desaparecido, la solicitud con que los restableció el Santo Concilio Tridentino, y el celo con que los Prelados procedieron á su ereccion, como medio muy eficaz para proporcionar á la Iglesia sacerdotes dignos por su saber y sus virtudes. La sociedad tiene tambien sumo interés en la existencia de estos establecimientos, porque de ellos espera recibir la enseñanza, que la ilustre, y la virtud que la perfeccione. Sin los ministros de la Religion se encuentra abandonada en manos del error y de la impiedad, que, ofreciéndole únicamente dias de ruina y desolacion, la han hecho volver con prontitud á la enseñanza católica, y acogerse á la direccion de los ministros del Señor, que la han salvado siempre con su santidad y su doctrina.

Tales son, amados jóvenes, los frutos, que esperan de vosotros la Religion y la sociedad. Para eso se os llama hoy nuevamente á las áulas, y se os abren las puertas del Seminario. ¡Ay de vosotros si no llenais cumplidamente los altísimos fines, que en vuestra educacion se propone la Iglesia!.... No olvideis que todas vuestras aspiraciones deben dirijirse á alcanzar la ciencia y la virtud. Tened siempre presente que estais llamados, á ser los maestros de la Religion y los custodios de la verdad y de las virtudes cristianas. Trabajad sin descanso por adornar vuestras almas con tan inestimables riquezas: seguid las sendas, que os trazan vuestros dignos Profesores y vuestros Superiores celosos, y la moralidad y la aplicacion sean los caractéres, que os distingan. Así corresponderéis á la solicitud de nuestro Emmo. Prelado, y os prepararéis dignamente, para desem-

peñar algun dia las augustas funciones del Sacerdocio. Entonces produciréis los frutos admirables de tan elevado ministerio, y la Religion levantará sus manos para bendeciros, y la sociedad, espantada del abismo, á que pretenden conducirla las doctrinas del error, tenderá hácia vosotros sus brazos, y de vosotros recibirá el órden, la justicia y la paz, dones preciosos, que constituyen su felicidad verdadera.